

Juan Marichal

«El siglo de los 'intelectuales' (1898-1998)»

El profesor Juan Marichal, ensayista y catedrático emérito de la Universidad de Harvard, impartió en la Fundación Juan March, del 3 al 12 de marzo pasado, un curso de cuatro conferencias titulado «El siglo de los 'intelectuales' (1898-1998)». Así, el día 3 habló de «1898: Émile Zola, paradigma del 'intelectual'»; el día 5 de «1914: la generación española de los 'intelectuales'»; el día 10 de «1936: los 'intelectuales' y el comunismo soviético»; y el día 12 de «1998: la desaparición del 'intelectual'». Se ofrece a continuación un amplio resumen de las conferencias.

Émile Zola (1840-1920) es una de las escasas figuras intelectuales de la Europa moderna que han quedado en la historia como símbolos permanentes de hombría moral. Su beligerancia a favor de Alfred Dreyfus constituyó lo que Américo Castro llamaba un acontecer histórico, es decir merecedor de ser recordado por la humanidad.

El 13 de enero de 1898 se publicó en el diario parisino *La Aurora* un artículo, titulado «Yo acuso», que le daba un carácter de trascendencia política y moral nueva en Francia al llamado Asunto Dreyfus. En ese artículo, Zola apuntaba directamente a la culpabilidad del Alto Mando del ejército francés, y el Ministerio de la Guerra inició un proceso en su contra por graves injurias al Ejército. El 23 de febrero el jurado le condenó por unanimidad a un año de prisión y a una multa de mil francos-oro. Los abogados de Zola apelaron al Tribunal Supremo que, por cuestiones de procedimiento, anuló el 2 de abril la sentencia mencionada. El Consejo de Guerra tuvo que iniciar un nuevo proceso legal que los abogados consideraron perdido de antemano, por lo que recomendaron a Zola que huyese a Inglaterra. El resultado de este segundo juicio fue otra condena a un año de prisión y una multa de tres mil francos-oro.

Mientras se desarrollaban los proce-

dimientos contra el escritor, el redactor-jefe de *La Aurora*, Georges Clémenceau, dirigió una maniobra editorial, bajo el encabezamiento de «Protesta de los intelectuales», agrupando a los lectores que habían escrito para manifestar su adhesión a Zola, mayoritariamente profesores y estudiantes universitarios de la Escuela Normal Superior. El sustantivo 'intelectual' era reciente, y tenía un significado muy concreto relacionado con grupos literarios que se consideraban «espirituales», una reducida élite con sumo desdén por todo lo 'burgués'. Clémenceau dio un golpe político semántico al darle un amplio sentido social y profesional al vocablo 'intelectual'. Este su nuevo uso lo consagró, muy a su pesar, Maurice Barrès, el escritor más respetado de la Francia tradicionalista y adversario político de Clémenceau, al publicar en *Le Journal* un artículo titulado «La protesta de los intelectuales».

Cuando, tras revisar el proceso original, el 3 de junio de 1899 la Cour de Cassation (Tribunal Supremo) condenó de nuevo al capitán Dreyfus, consternando a los intelectuales y otros revisionistas y entusiasmando a los integrantes de las ligas patrióticas, el jefe de gobierno exigió a Émile Loubet, nuevo Presidente de la República, que ejerciese su derecho de conceder gracia al condenado. Su puesta en libertad



Juan Marichal (Santa Cruz de Tenerife, 1922), concluyó sus estudios en México y obtuvo el doctorado en Princeton, dirigido por Américo Castro. Desarrolló casi toda su carrera docente en la Universidad de Harvard, de la que actualmente es profesor emérito. Desde hace una década reside en Madrid, donde se ocupa de la revista de la Institución Libre de Enseñanza. Le fue concedida en 1997 la Gran Cruz de Alfonso el Sabio. Entre sus publicaciones figuran *El secreto de España*, Premio Nacional de Historia de 1996, *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana* (1978), ediciones de las *Obras Completas* de Manuel Azaña y varios volúmenes de obras de Pedro Salinas.

vino acompañada de una amnistía general a los condenados del Asunto Dreyfus, por ejemplo Zola.

Tras un solitario exilio en Londres, Zola regresó ilusionado a su país, donde pasó tres años felices en compañía de sus hijos hasta su fallecimiento, en 1902. A pesar de que no hubo una investigación oficial, se sospecha que pudo ser asesinado por un patriota radical. El escritor fue enterrado en el cementerio de Montmartre, adonde acudieron miles de personas, entre ellos el capitán Dreyfus. En 1908, cuando el primer ministro no era otro que Clémenceau, se celebró la solemne

ceremonia del traslado de las cenizas de Zola al Panteón. Podría parecer que con esto obtenía un triunfo simbólico, pero él y su familia habían sufrido una pérdida cuantiosa de 50.000 francos-oro por los gastos de los dos juicios, por no hablar del exilio, o de la amargura que le causaron los ataques de los que calificaba de «hombres de lodo» y de los periódicos franceses, a los que llamaba «hojas inmundas».

El llamado Asunto Dreyfus debería ser recordado por generar en Francia un estado de ánimo colectivo del que surgieron con fuerza los primeros intelectuales de la Europa del Novecientos. Éstos no pretendían sino civilizar su propio país, y el valiente gesto de Zola salvó el honor de su patria, dando un ejemplo de intelectual comprometido para el siglo XX.

1914: la generación española de los «intelectuales»

Mientras Europa sufría las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, en España florecía la más importante generación de intelectuales de toda su historia. El punto de arranque cronológico de la actividad de estos pensadores fue la llamada Semana Trágica de Barcelona, en el verano de 1909. El gobierno de Maura acusó al pedagogo anarquista Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna, de ser el incitador de los motines de Barcelona, condenándole a muerte. Esto generó una serie de violentas campañas, fuera de España, de los que solían llamarse libre-pensadores. El ensayista Azorín calificó de ignorantes a los escritores de la Europa occidental que protestaban por lo sucedido en el Asunto Ferrer, siendo inmediatamente apoyado por Miguel de Unamuno y rebatido por José Ortega y Gasset, quien, en el famoso ensayo «Unamuno y Europa, fábula», criticaba a los que no comprendían que, con el Asunto Ferrer, el gobierno de Maura estaba deshonrando a España.

Ferrer fue fusilado y Alfonso XIII destituyó a Maura, al que siguieron gobiernos liberales. En octubre de 1909 se fundó el Partido Reformista Republicano, que pronto perdería el segundo calificativo, en el que ingresaron casi todos los jóvenes intelectuales. Estos reformistas, entre los que se encontraban Ortega, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos o Manuel García Morente, fundaron a su vez la Liga de Educación Política, primera congregación pública de la llamada generación de 1914. Su único acto con resonancia nacional fue en el Teatro de la Comedia de Madrid, ese mismo año, donde Ortega, con su legendario discurso «Vieja y nueva política», resumió el programa de la Liga.

En enero de 1915, Ortega fundó el semanario *España* para expresar sus opiniones políticas, netamente anties-tatistas, y dirigió esta publicación hasta 1916. A finales de 1917 pasó a colaborar en *El Sol*, diario que no tardó en convertirse en un poder político e intelectual a pesar de su escasa circulación. Aunque este periódico era partidario del fin de la Monarquía parlamentaria, se distanció del gobierno golpista de Primo de Rivera, desconcertando a sus lectores, cuando este desterró a Unamuno a Canarias en 1924.

En 1914 fue destituido don Miguel de Unamuno del Rectorado de la Universidad de Salamanca. Aunque pertenecía a la generación del 98, su actuación pública fue paralela a la de la generación de Ortega. Unamuno fue el intelectual español por antonomasia para la Europa transpirenaica y para la América Latina, y su figura cobró dimensiones universales al ser confinado por la dictadura militar en la isla de Fuerteventura, tras la publicación en Argentina de una carta suya con referencias sumamente groseras al general Primo de Rivera y al rey Alfonso XII. A pesar de que el gobierno le ofreció la reposición de la cátedra de Salamanca y la anulación del decreto de confinamiento, Unamuno se mostró insobornable y, primero desde París y luego

desde Hendaya, siguió adelante con su persecución política hasta que, en 1930, regresó a España para proclamar la Segunda República.

La personalidad, intelectual y política, de Manuel Azaña fue vista como la más representativa del nuevo régimen español, especialmente desde que pasó a ocupar la Presidencia del Gobierno en octubre de 1931. Sus artículos periodísticos habían revelado ya algunas singularidades de su pensamiento y de su temple políticos: mientras dirigió *España*, de 1923 a 1924, consiguió mantener la integridad intelectual y ética del semanario y elaboró una nueva definición del liberalismo, que para él había perdido todo carácter doctrinal en manos del conde de Romanones. Al predicar el cultivo de la intransigencia liberal, Azaña afirmaba la capacidad del ser humano, y el español en concreto, para el perfeccionamiento moral y el ejercicio de la voluntad creadora. *España* fue vista, durante la Segunda República, por los intelectuales extranjeros como un enclave de esperanza política, símbolo de futuro liberal, en una Europa crecientemente dominada por las dictaduras fascistas.

Los «intelectuales» y el comunismo soviético

Cuando el ejército de África se sublevó, en 1936, muchos intelectuales europeos sintieron que una hora decisiva, para Europa y la civilización liberal, había sonado. André Malraux (1901-1976), uno de los jóvenes escritores franceses más admirados fuera de su patria, decidió incorporarse a la defensa de la Segunda República creando la escuadrilla aérea 'España'. La intrepidez de Malraux tuvo una enorme resonancia en los ámbitos intelectuales europeos y americanos; su novela *L'espoir* (La esperanza) fue un éxito mundial y marcó el comienzo de la literatura euro-americana motivada por aquella histórica gesta. Malraux estaba convencido de que la toma del poder por

Hitler en 1933 era una terrible amenaza para Europa, opinión compartida por André Gide (1869-1951), quien fue más lejos al afirmar que la victoria del nazismo había destruido la cultura liberal alemana. Ambos veían en la Unión Soviética la potencia más viable de oposición al nazismo y su expansión. Gide viajó a ese país y escribió *El regreso de la Unión Soviética*, un breve libro plagado de críticas al comunismo. Malraux le suplicó que no lo publicase, porque los tanques y aviones soviéticos estaban llegando a Madrid para frenar a los rebeldes, pero Gide no modificó su propósito y rompió definitivamente con los comunistas.

Durante la Gran Guerra y los Treinta Años Gloriosos (1945-1975), los escritores franceses más representativos de la llamada época del compromiso fueron Jean Paul Sartre (1905-1980), Raymond Aron (1905-1983), ambos alumnos de la Escuela Normal Superior, y Albert Camus. Estas tres figuras, apoyadas por un número considerable de escritores y artistas, hicieron de París la capital de la cultura europea.

En España, el papel de los intelectuales en relación con el comunismo soviético fue menor. Fernando de los Ríos (1879-1949) era uno de los raros intelectuales adheridos al PSOE. Los socialistas españoles habían recibido la invitación de ingresar en la Tercera Internacional regida por Moscú, y decidieron enviarle a la Unión Soviética. En *Mi viaje a la Rusia Soviética* relató la ausencia de libertades que pudo descubrir durante su estancia en ese país, provocando el rechazo por parte del PSOE de la mencionada invitación y la agrupación de los disidentes en un nuevo partido, el Comunista. Don Fernando era la encarnación misma del sueño de su generación.

En la España actual muchos políticos-intelectuales socialistas se ven a sí mismos como descendientes espirituales de Fernando de los Ríos y su legado fue un camino de concordia durante la transición. Uno de los intelectuales destacados de ese momento fue Enri-

que Tierno Galván, a su muerte alcalde reverenciado de Madrid. En un país cuyos ciudadanos carecían de derechos políticos, pudo ser a la vez expositor de las teorías políticas y organizador de grupos contrarios al régimen. Creía que la mayoría de países europeos estaban intoxicados por ideales absolutos, expresión de las minorías directoras, y que debía corregirse la tendencia nacional a la generalización, es decir que la política debía dejar de ser una política de ideales, para ser una política de programas.

La desaparición del intelectual

Las virtudes del intelectual son el desprendimiento, la valentía moral, la compasión y ser insobornable. Émile Zola fue el primero en encarnar públicamente al escritor 'comprometido' que veía como un imperativo moral la condena de la injusticia, sin temor a las consecuencias. Encarnó la conciencia moral de una colectividad humana, convirtiéndose en un auténtico héroe de su tiempo.

Existen en la actualidad multitud de obstáculos que hacen imposible la condición de intelectual auténtico. El primero es la ampliación semántica del vocablo y del concepto de 'intelectual', que comenzó en los años treinta. Otro grave problema es que se ha roto el puente comunicativo: hoy por hoy no es fácil encontrar en el horizonte euroamericano una figura intelectual que pueda ser escuchada por públicos amplios, y esto se debe principalmente a la globalización del planeta. Pero lo que más ha degradado la condición de 'intelectual' ha sido la llamada economía de mercado o, si se prefiere, el supuesto neo-liberalismo: es muy difícil resistirse al poder del dinero y, por lo tanto, ser realmente independiente.

A pesar de todo esto, es imposible predecir el curso futuro de la historia pues, como decía Ortega, ésta es siempre inédita y los seres humanos somos irrepetibles. □